



Autócratas bajo la lupa

¿Podemos frenar a los tiranos?

Tim Judah

Emoción, esperanza, miedo. Éstas son las emociones cuando cae un dictador. En Bucarest, en las semanas posteriores a la caída de Nicolae Ceaușescu en diciembre de 1989, los rumanos oscilaban entre la pura emoción de poder hablar libremente con un extranjero tras décadas de tiranía comunista y el temor a que hacerlo pudiera causarles problemas.

En Bagdad, en abril de 2003, los marines estadounidenses ayudaron a derribar la enorme estatua de Saddam Husein que se erguía incongruentemente en medio de una glorieta. Era el fin del régimen de Saddam; pero cuando una mujer llamada Mey vio acercarse a los estadounidenses, me dijo: "Esto no es el final, es sólo el principio".

La ley y el orden se quebrarían en cuestión de horas y ella, como cristiana, temía con razón que las fuerzas del islamismo radical se desataran y su antigua comunidad quedara condenada.

La caída de tiranos como Ceaușescu y Saddam es el tema de 'How Tyrants Fall' (Cómo caen los tiranos), un convincente libro del politólogo alemán Marcel Dirsus. Sin embargo, cuando habla de tiranos, está claro que piensa sobre todo en los proverbiales hombres a caballo. Comprender qué motiva a estos hombres (y todos son hombres) es vital si queremos saber cómo

Dos libros examinan en qué se diferencian los autócratas actuales de los del pasado y qué pueden hacer las democracias liberales para contrarrestar su influencia.

combatirlos.

Sin embargo, como sostiene Anne Applebaum en 'Autocracy, Inc.' (Autocracia, Inc), las autocracias modernas han evolucionado y, por lo tanto, esa lucha es ahora mucho más complicada que nunca.

El pueblo sometido

En su excelente libro, la autora estadounidense ganadora del Premio Pulitzer sostiene que una diferencia clave entre las autocracias actuales y las que mataron a decenas de millones de personas en el siglo XX es que los déspotas de hoy no tienen una verdadera razón ideológica que justifique siquiera su existencia. Más bien se parecen a los emperadores y monarcas de la historia, cuyo trabajo consistía en mantener a su pueblo sometido, repartir la riqueza para que sus élites tuvieran una participación en su supervivencia y hacer crecer sus feudos.

El Internet y la riqueza que los autócratas de hoy pretenden invertir en nuestros países también les han proporcionado formas mucho más insidiosas de infiltrarse y debilitar nuestras sociedades desde adentro de las que disponían las generaciones anteriores de dictadores.

En este sentido, Francisco Macías Nguema, que gobernó Guinea Ecuatorial desde 1968 hasta su derrocamiento y ejecución en 1979, era un tirano a la antigua usanza. Dirsus, cuyo libro está repleto de espantosos detalles, escribe que Nguema

solía decir que "en política, el vencedor gana y el perdedor muere". No sólo era sanguinario, sino psicótico. Asesinó a miembros de su propia familia antes de ser depuesto por su sobrino.

La importancia de este hecho para los investigadores de dictadores es que Nguema se cuenta entre los 473 líderes autoritarios que perdieron el poder entre 1950 y 2012, de los cuales el 65 por ciento fueron destituidos por personas de dentro del régimen.

Dirsus tiene buenos datos. Señala que el 57 por ciento de las campañas no violentas contra déspotas o líderes autoritarios que han tenido éxito han conducido a la democracia. Mientras tanto, en los casos en los que hubo violencia, la cifra fue inferior al 6 por ciento.

Sin embargo, entre 1950 y 2012, sólo el 20 por ciento de los autócratas caídos fueron sucedidos por la democracia. "No hay una respuesta única a la tiranía, no hay un botón que puedes apretar para hacer desaparecer el problema", dice con tristeza.

Dada la amplitud de su estudio, esta conclusión no es sorprendente. Pero, ¿es entonces realista hablar de Nguema, los potentados del Golfo y el húngaro Viktor Orbán en el mismo libro? En base a cualquier lista de control que se quiera crear sobre lo que se necesita para gobernar un país, incluyendo opciones para elecciones libres, respeto a los derechos humanos y demás, entonces el príncipe heredero

ro de Arabia Saudita, Mohamed bin Salmán, contaría como un tirano. En el libro de Dirsus, el príncipe saudita no merece ni una mención, aunque Arabia Saudita se describe como un país en el que el régimen ha trabajado duro para "protegerse contra los golpes de Estado.

Orbán, por el contrario, no es un déspota que asesina a la oposición. Pero aún así, Freedom House, un grupo de expertos estadounidenses que elabora una lista anual sobre la situación de los países en materia de derechos políticos y civiles, clasifica ahora a Hungría sólo como "parcialmente libre". Esto se debe a la consolidación del control de Orbán sobre el poder judicial y los medios de comunicación, entre otros.

Actualmente, Orbán tiene pocos amigos en otros gobiernos occidentales y ha hecho todo lo posible por frustrar y ralentizar la ayuda a Ucrania. Este mes fue recibido como invitado de honor en Moscú, Beijing y Mar-a-Lago. Entonces, ¿por qué somos amigos de los sauditas y los emiratíes, que "no son libres", según Freedom House, y que hacen que Hungría parezca una democracia modelo?

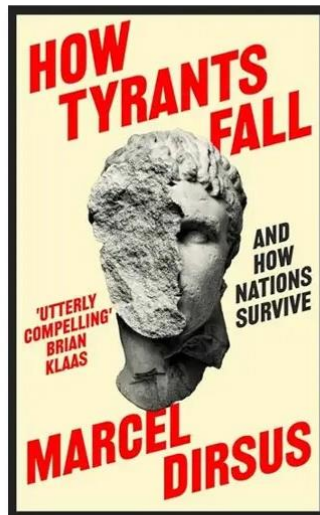
Applebaum es claro al respecto. A diferencia de los rusos y los chinos, los iraníes, los norcoreanos y los gobernantes de Venezuela, los sauditas y los emiratíes "en su mayoría no buscan socavar el mundo democrático". Puede que el mundo esté cambiando, pero esto no es más que una expresión del siglo XXI para referirse al comentario posiblemente apócrifo de Franklin D. Roosevelt de que el entonces dictador de Nicaragua, Anastasio Somoza, "quizás sea un hijo de puta, pero es nuestro hijo de puta".

En cuanto a Hungría, Applebaum la describe como una de las "autocracias y democracias híbridas más suaves", junto con Singapur, India, Turquía y Filipinas. "A veces se alinean con el mundo democrático y a veces no". Esta es una categoría que engloba a muchos más países, especialmente en el Sur Global, que los líderes occidentales han fracasado particularmente a la hora de unir a la causa de los valores democráticos.

Estructuras cleptómanas

Mientras que a Dirsus le interesan sobre todo las tiranías unipersonales clásicas, a Applebaum no. De hecho, dice que "hoy en día, las autocracias no las dirige un solo malo, sino sofisticadas redes que se apoyan en estructuras financieras cleptocráticas, un complejo de servicios de seguridad — militares, paramilitares, policiales — y expertos tecnológicos que brindan vigilancia, propaganda y desinformación".

En gran medida siempre ha sido así, pero hoy, alea, hay una gran diferencia con el pasado. "Este grupo no funciona como un bloque, sino más bien como una aglomeración de compañías, unidas no por la ideología, sino más bien por una determinación despiadada y obtusa de preservar su riqueza y poder personales:



Autocracia, Inc."

Estas personas, dice, "comparten un enfoque brutalmente pragmático hacia la riqueza", "exhiben su codicia" y "a menudo mantienen residencias opulentas y estructuran gran parte de su colaboración como empresas con fines de lucro".

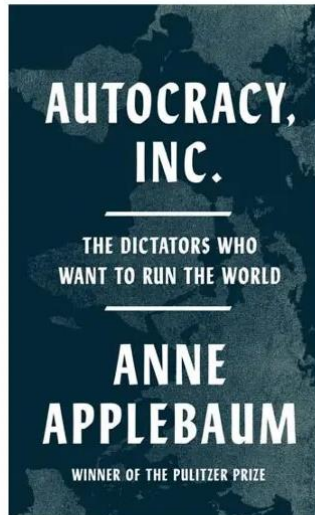
Así, hoy Corea del Norte e Irán venden armas para matar ucranianos, pero no todo lo que hacen juntos estos diversos regímenes es por dinero. Los soldados chinos se ejercitan en la frontera polaca junto a los bielorrusos, por ejemplo; y en X de Elon Musk se puede encontrar a idiosas útiles británicas que trabajan para PressTV de Irán repitiendo frases rusas sobre por qué Ucrania debería rendirse.

En las décadas de 1970 y 1980, cuando las tropas comunistas cubanas fueron enviadas a luchar por las guerrillas marxistas-leninistas en Angola, que a su vez luchaban contra las guerrillas respaldadas por EE.UU. y las tropas de la Sudáfrica del apartheid, había al menos una razón ideológica para ello.

Pero el hecho de que los autócratas modernos parezcan más interesados en la riqueza no significa necesariamente que no tengan ningún tipo de creencias. Está claro que Putin cree en lo más profundo de su alma que Ucrania no tiene derecho a una existencia independiente.

Si bien Dirsus se expresa en cuanto a por qué los auténticos tiranos finalmente caen, evade el tema afirmando: "Al final, ya sea por muerte natural o por destitución violenta, todo tirano cae". Dado que dictadores como Stalin, Mao y Franco murieron de enfermedades propias de la vejez, sería bueno saber por qué sobreviven algunos de los peores tiranos, en lugar de barrerlos bajo la alfombra autocrática.

Quizás la respuesta sea que "la represión despiadada puede funcionar, pero requiere una dedicación total a una brutalidad espantosa", dice Dirsus. Por ende, el Partido Comunista de China (PCCh) ase-



guró su supervivencia con la masacre de la plaza de Tiananmén en 1989, pero el ucraniano Viktor Yanukóvich no logró aplastar la revolución de 2014 porque poco más de 100 manifestantes muertos sólo sirvieron para radicalizar a la oposición en lugar de acobardarla.

¿Podemos detenerlos?

¡Pero no todo es pesimismo! "Podemos detenerlos", dice Applebaum. Hoy necesitamos una coalición internacional que luche contra los pilares cleptocráticos internacionales de los autócratas y que colabore con los activistas de los países bajo su dominio, dice. Saben más que nosotros sobre cómo les roban el dinero y "cómo comunicar esa información".

También es necesaria una reforma de las plataformas sociales de desinformación, como X, llenas de "narrativas extremistas, antisemitas y prorrusas". Tenemos que reducir nuestra dependencia del comercio con Rusia y China, dice, porque estas relaciones comerciales están "corrompiendo nuestras propias sociedades".

Lo que quiere Applebaum no es poca cosa. Pero no sucumbamos al derrotismo, dice, señalando que no hubo ninguna coalición internacional para ayudar a Ucrania hasta la invasión a gran escala de Rusia en 2022. Dado el auge de líderes favorables a Putin en todo Occidente, va a ser difícil.

Sobre todo, el libro de Applebaum es una llamada a las armas, a la defensa de nuestras sociedades que, como dice ella inequívocamente, pueden ser destruidas no sólo desde fuera, sino "también desde dentro, por la división y los demagogos". Sin embargo, pueden salvarse. En otras palabras: ¡Luchen! ¡Luchen! ¡Luchen!" por las democracias liberales. De lo contrario, estamos en la pendiente resbaladiza hacia la pérdida de nuestras libertades.



Que los autócratas modernos parezcan más interesados en la riqueza no significa necesariamente que no tengan ningún tipo de creencias".